de molestarme. Hasta que un día me invitó a tomar un refresco en la cafetería de enfrente del súper, con tanta sencillez que no supe negarme, aunque me parecía que no debía, no debía… Pero Esteban es tan halagador, y yo estaba tan destrozada de los nervios, me había quedado tan consumida y desmadejada, que su compañía era para mí un bálsamo. Días más tarde comenzó a acompañarme hasta casa, solo por dar un paseo, hasta que una mañana se ofreció a subirme la compra porque venía cargada con cosas de mucho peso. ¿Cómo negarme, si me faltaban fuerzas hasta para andar? Y ya en la intimidad de la casa… Bueno, fue todo tan natural, tan sin que me pareciera un aprovechado, que al despedirnos no me atacó ningún sentimiento de culpa.

Creo que tengo derecho a vivir, a salir de la maraña de miedo y desolación que me anegaba, una muerte en vida. ¿A quién se le puede desear ese tormento? ¿Quién puede ser tan cruel? Con Estaban me sentí como el que se está ahogando y al ser rescatado asoma a la superficie, ve la luz y respira. Algo así, debe de ser muy parecido. Ahora vivimos juntos, con una armonía que no tiene las ansias del amor juvenil ni falta que me hace, mi único amor ha sido y será Pascual, me lo dice el corazón, que se me dio la vuelta cuando me dejó tan sola, como en mitad de un desierto de horizontes imposibles.

Pero están mis hijos de por medio, ay, Dios, sobre todo mi Daniel, el mayor, que me dijo que no vistiera de luto, que el luto se lleva dentro, con esa rotundidad suya que no admite oposición; la mía no, desde luego, y tiemblo de pensar que me diga "mamá, olvídate de ese amigo tuyo", con ese tono imperativo que él tiene, siempre tan sentencioso, y más si se sintiera apoyado por sus hermanos menores, que no creo, no creo. Lidia, mi niña, siempre tan pendiente de mí, que nunca tiene un no, y Alberto, el pequeño, tan a lo suyo, la fotografía, sin dar un ruido, un bendito… Espero que se hagan cargo de mi situación, de mi desolación. Los tres veneraban a su padre, y motivos sobrados tenían porque era un hombre de una pieza, abnegado con su familia, cumplidor en el trabajo, bueno y cabalico con todo el mundo; y yo misma, que le renové mi juramento de amor eterno antes de que se me muriera, hecha una Magdalena, sin sospechar la eternidad a la que me tendría que enfrentar después de su partida, las angustias que me iban a acometer en las lúgubres y agotadoras noches, abrazada a la almohada por agarrarme a algo…

Ahora el tiempo ha cambiado el paso. Ya no es lento e insoportable, una penosa secuencia de días. Para mi asombro pasa raudo, como paisajes a través de la ventanilla de un tren, sin darme el sosiego necesario que me permita alumbrar una idea feliz de donde broten las palabras más precisas y acertadas; aunque no creo que ni en los cielos ni en la tierra nadie pueda amonestarme por amar con una llama tan limpia, tan azul. Pero en asuntos de familia nunca se sabe, mandan más las entrañas que la razón.

¡Madrecita querida, a ver, a ver cómo se lo digo yo a mis hijos!

Ángel Muñoz Trapero

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Manxa. Volume 2, #63, 1/12/2021.